

RECENSIONES:

1) RECENSIÓN DEL LIBRO DE FRANCO CARDINI: **EUROPA 1492** (RETRATO DE UN CONTINENTE HACE QUINIENTOS AÑOS), MADRID, ANAYA, 1989; 238 PP. TÍTULO ORIGINAL: "EUROPA 1492. RITRATTO DI UN CONTINENTE CINQUECENTO ANNI FA". TRADUCTORES: MARÍA JOSÉ LÓPEZ CHOLLET Y MARGARITA CAFFARATTO.

Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo.

Dpto. de Historia Universal. Escuela de Historia.
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela.

Nos place, cercanos a los casi dos lustros de su aparición editorial en castellano, dar noticia de este libro que el curioso azar de las ventas de "libros usados" puso en nuestras manos tardíamente.

Y la satisfacción emana de este libro, profuso en reproducciones de cuadros de la época, porque su contenido se esfuerza en responder las preguntas que generalmente quedan insatisfechas al sumirnos en un vastísimo número de obras historiográficas. En efecto, gracias a gran parte de la historiografía podemos aproximarnos a la comprensión de los factores económicos que, como trasfondo estructural ha moldeado los hechos históricos, el debate ideológico que ha fraguado los cambios de legitimidad y de legalidad que han encauzado las transformaciones sociales, las luchas entre grupos que han desembocado en revoluciones políticas de largo alcance en sus repercusiones, o los elementos de creatividad artística donde los hechos históricos, las transformaciones, los cambios y las revoluciones se han

plasmado indeleblemente para que su eco llegue hasta nuestra contemporaneidad.

Pero siempre sentimos que ello no es suficiente, que hay interrogantes que, en relación a la Historia y sus hechos, nos planteamos desde nuestra finitud, desde nuestras limitaciones y desde nuestras cotidianidades, tales como: ¿Qué comía esa gente?, ¿Qué enfermedades padecían?, ¿Cómo remediaban sus achaques corporales?, ¿Cómo se enamoraban? ¿En qué creían?, ¿Soñaban?, ¿En qué muebles se sentaban?, ¿Cómo servían la mesa?, ¿Cómo combatían la obscuridad de la noche?, ¿Qué leían?, ¿Qué fiestas hacían?... En fin, la inquietud por lo que conforma la dimensión terrenal de la existencia humana, tanto en los tiempos idos, como en los actuales y que nos hace preguntar por la vida cotidiana de aquella gente que, en la historiografía, pareciera destinada a sólo guerrear, disputarse el gobierno, producir, comerciar y explotar a otro o dejarse explotar... y que los hace alejarse de nosotros, a hacernos sentir que esa gente de la que habla la historiografía estaba en una dimensión que no era la de nuestra cotidianidad, sino en otra que no guarda relación ninguna con nosotros, porque la distancia no sería apenas la cronológica; sino la de no sentir, padecer, ni reír como nosotros.

Y este libro de Cardini nos responde esas y otras preguntas, haciendo que esa gente de finales del siglo XV y comienzos del XVI se aproxime a nosotros y la sintamos parte de nuestra estirpe, partícipes de nuestros defectos y virtudes, con lo que, a la vez, logra que nuestra efímera e insignificante presencia en la vida se eleve a la sensación de pertenecer al género humano que ríe, llora, baila, crea, guerrea, construye, destruye, se reproduce y muere... para renacer con las mismas potencialidades en cada nueva generación.

Muy brevemente nos asomaremos, aquí, a ese valor que hemos destacado en este libro: el de mostrarnos una historia europea a nuestra altura de seres corrientes con defectos y virtudes.

El período tratado por Cardini es el que deja asomarse al llamado "nacimiento del mundo moderno"; pero sin poder desprenderse (y así seguiría por varias centurias más) de la poderosa presencia del Mundo Medieval. Esto se retrata indeleblemente en esa dimensión de la existencia humana que es la enfermedad, agravada en esta época por las terribles hambrunas (la de 1436-1450 es comparada, en Normandía, con la Bomba Atómica en Hiroshima, por sus devastadores efectos). Las epidemias que abundaron (y que dieron pie a toda una literatura y pintura que giraba en torno a la muerte) a todo lo largo del siglo XV (1412, 1427, 1438, 1456, 1472, 1478, 1482 y 1494 fueron los años más terribles) y que afectaban más en los meses de verano, contaban con la falta de higiene como su principal aliado para propagarse. Contra ellas era poco lo que podía hacerse, aparte de quemar los muebles de los infectados y aislar a los enfermos. Los medicamentos odoríferos, que eran los más usados, eran ineficaces por completo.

La viruela era prácticamente común a todos, al punto de que los que la sobrevivían se contentaban pues, aunque sus marcas les quedaban en la cara, según el médico Girolamo Fracastoro, quedaban inmunes a ella.

La lepra es otra enfermedad común y condenaba a los que la sufrían a vestir de gris o negro para que nadie se les acercara, compartiendo su ostracismo social con las señas visibles que también debían llevar los judíos y las prostitutas. Debiendo incluso anunciar su presencia, los leprosos, mediante el sonido de campanillas. Y como se realizaban pogromos contra los

judíos, también se hacían contra los leprosos, acusados de envenenar pozos o propagar epidemias.

La Sífilis, enfermedad que arriba a Europa en la última década del siglo XV, sirvió para que cada nacionalidad le atribuyera su origen a las otras: los italianos la llamaban "mal francés", los franceses "mal napolitano", los españoles "mal de los alemanes", los flamencos "mal español", los rusos "mal de los polacos" y los turcos, tal vez más "redondeadamente", "mal de los cristianos"...

Otro detalle: las fiestas en las ciudades (las de la cristiandad, carnavales, cuaresma, flores de mayo, patronales, de los santos protectores de la ciudad o los gremios, llegada de algún personaje importante, noticias de elección de Papa, coronación de un soberano, nacimiento del primogénito, victorias sobre los enemigos...) reducían a 200 días en el año las jornadas efectivas de trabajo... dato "curioso" para nosotros, que nos quejamos del tanto "tiempo útil" que perdemos en Venezuela por demasiados y tantos "días feriados".